Santa Irene

SANTA IRENE

(DE PORTUGAL)

20 de octubre de 653

P. Antonio Femández Garrote, OFM.
y Andrés Codesal

Dibujos: Nuria Rodríguez

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.
www.apostoladomariano.com
editorial@apostolado mariano.com

ISBN: 84.7770-629-8 - D.L.: Gr. 1502-2002
Impreso en España - Printed in Spain

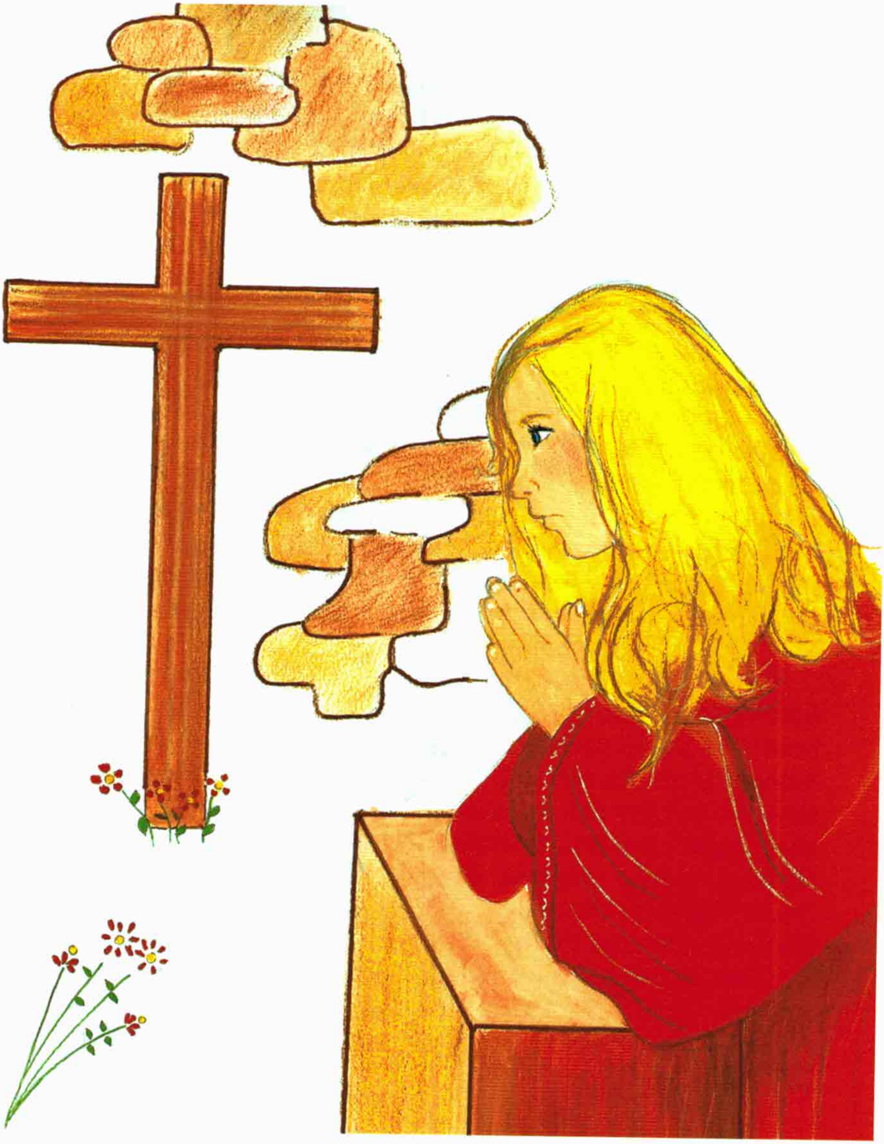
Protagonistas de la historia

"Historia de amor, de celos, de santidad y de martirio. Todo en ella es dramatismo. Las nobles y bajas pasiones humanas juegan su papel en ella; pero el personaje central le infunde tal pureza y espiritualidad que el incienso la embalsama hasta el grado de que es leída en los mismos templos como sublime y ejemplar historia." Así se expresa el viejo breviario de Ebora, donde aparece con el título de "Pasión de Santa Irene, Virgen y Mártir".

Estamos en los tiempos de la España de Recesvinto, año 653. Portugal formaba entonces un todo con España, que allí tenía Condes que la gobernaban en nombre del Rey.

Uno de estos que era un gran señor, llamado Castinaldo, vivía en Nabancia, al lado del actual Thomar, al oriente de Leiría, próxima al río Nabao que vierte sus aguas en el Zézere para luego unirse al Tajo, cerca de Abrantes. La familia del señor de Nabancia era noble y muy cristiana. Tenían un sólo hijo, llamado Britaldo, apuesto joven y de noble índole.

En Nabancia vivían también los miembros de otra noble familia muy cristiana, formada por Hermogio y Eugenia. Un hermano de Eugenia llamado Selio, era abad de cincuenta monjes en el monasterio de la Bienaventurada Virgen María, situado no lejos del palacio del señor de Nabancia, "en bellísimo lugar"; y dos hermanas de Hermogio, Casta y Julia, que moraban como vírgenes cristianas en un monasterio de la misma ciudad. Con ellas vivía una hija de Hermogio y de Eugenia, llamada Irene, "virgen pudorosa, sencilla, piadosa, humilde, ayunadora, rezadora, asidua y devotísima en el servicio de Dios". Así retrata su alma el Breviario. Y para describirla mejor, añade: "nobilísima de familia y bellísima de cuerpo".



Educación de Irene

Irene siguió el camino que la educación santa recibida le había trazado y mostró desde luego que en su alma anidaban gracias y dones celestiales que sólo poseen o se revelan en los que han de llegar a la más elevada santidad.

Retirada en un monasterio de monjas benedictinas donde la mandaron sus padres para que se instruyese y acabase de educar, tomó tal afición a la vida religiosa y cobró tal aversión a las cosas mundanas que encerrada en aquel colegio, se dedicó por entero a la oración, a la meditación, a la lectura espiritual y a la frecuencia de los sacramentos que, encendida toda en el amor de Dios, ofreció su virginidad a Jesucristo y no salía del monasterio sino rarísima vez para ir a algún templo en las grandes festividades o para visitar a su tío Abad, llamado Selio.

La fiesta de San Pedro Apóstol

Un año, llegada la fiesta del apóstol San Pedro, cuya iglesia a él dedicada estaba llena de reliquias de diversos santos, acudió el nobilísimo Castinaldo, gobernador de la región, con su familia y todos sus servidores, junto con los moradores de la ciudad para celebrar una vez mas la solemnidad del Santo. Irene y las vírgenes de su monasterio acudieron también con el pueblo a la celebración de la fiesta, tal como hacían una vez al año, saliendo de la clausura para ir a rezar a la iglesia del Apóstol.

Pero el demonio que no perdona ocasión de hacer caer a las almas en pecado y de poner tropiezos a la virtud, hizo que un día fuese vista por el joven Britaldo, hijo del señor de aquel pueblo, quien enamorado de la rara hermosura de Irene, pretendió hacerla su esposa...

Otro autor lo explica así: "Allí venia mucha gente, también vino el noble Castinaldo con su mujer y los nobles de su

casa. Castinaldo tenía un hijo sólo, muy gentil, soltero, de buenas costumbres y hombre de mucho valor, el cual oyendo hablar de la hermosura de Irene y de sus buenas costumbres, quiso verla. Pero el diablo encendió en su corazón tanto amor a ella, que quedó preso de su hermosura y carnal deseo; pero siendo reprimido por el temor de Dios y por reverencia a su nobleza, de momento lo ocultó..."

Enfermedad del joven Britaldo

El joven enamorado, quedó tan prendado de la hermosura de Irene que, al verse rechazado cayó en tal tristeza, que perdió el apetito y enfermó con mucha fiebre que se temió por su vida, por cuya causa, los nobles y sus parientes muy tristes hacían todo lo posible para devolverle la salud, trayendo los mejores médicos que venían de todas partes. Pero como los médicos no conocían de dónde le venía el mal, no le pudieron poner remedio que le aprovechase...

Pero Irene, por divina revelación, conoció la causa de su enfermedad y movida de piedad por sus padres, y mucho más por el peligro que él corría tanto en el cuerpo como en el alma, pide autorización para ir a visitarle queriendo con santo celo de Dios y por caridad remediar su enfermedad y su maligna pasión.

Acercándose a él con mucha humildad, valiente y con gran entereza de esta manera le habló: "Estimado hermano, esta enfermedad que tu tienes debes saber que no es mortal. Puedes curarte si tu por Dios niegas a tu corazón aquello que maliciosamente deseaste, venciéndote a ti mismo con temor y amor de Dios. No desees en tu carne aquello que a tu alma le sirva de tormento, porque el pecado ligeramente se hace pero su culpa atormenta eternamente, y por una breve satisfacción recibes un tormento que nunca terminará.

Oyéndola hablar de esta manera, el joven Britaldo le dijo: "Yo sé que conoces la causa de mi enfermedad pero quiero

que sepas que si tú dieras a otro lo que a mí me niegas, te prometo que yo mismo te mataré, u otro por mí te matará".

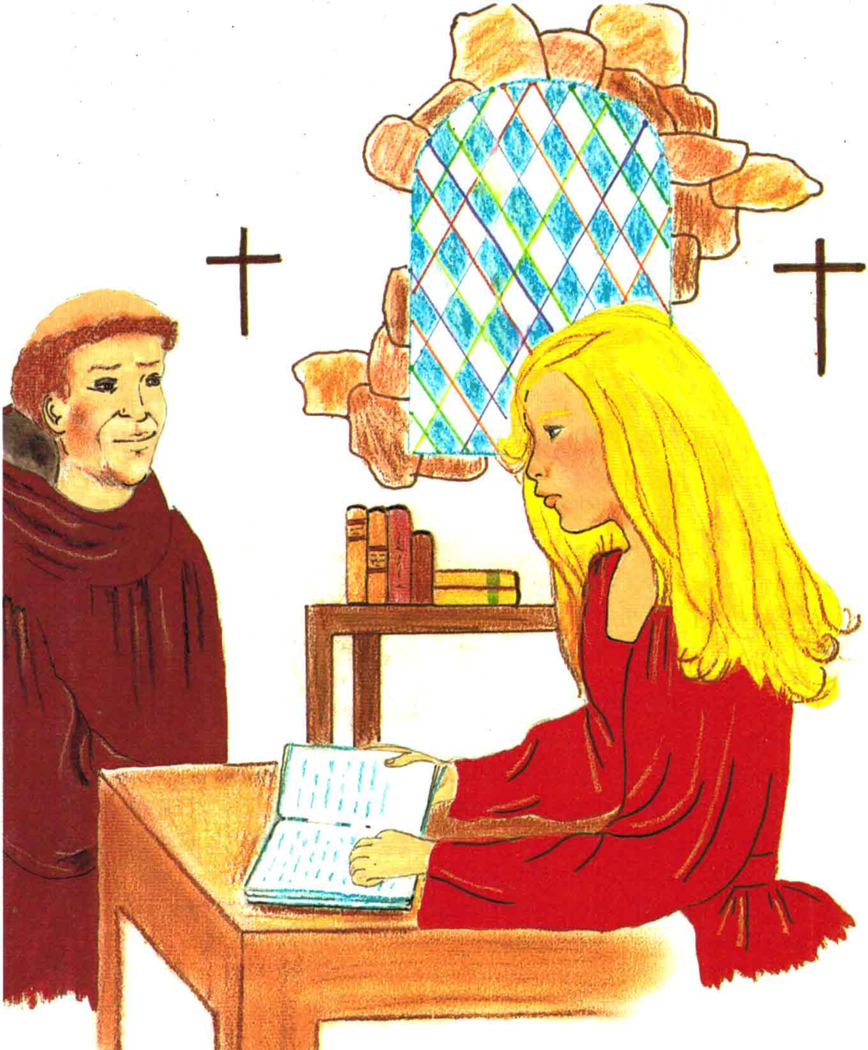
No temas, hermano, le dijo Irene: Yo nunca seré de nadie más que de Jesucristo a quien estoy consagrada. Ten absoluta confianza de que jamás ningún otro hombre tendrá lo que hoy a ti te he negado. Y poniendo una mano sobre la frente del joven, le dijo: ¡Que Dios te conceda la salud! y en aquel mismo momento lo dejó la enfermedad y se recuperó por lo cual los familiares del joven dieron muchas gracias a Dios y a Irene, y entregaron al convento grandes limosnas.

Nuevos peligros de Irene

Mas ¿cuándo Luzbel se ha dado por vencido? ¿Cuando ha cesado en sus malignas sugestiones dejando de acometer con armas nuevas, más terribles cada vez y tanto más peligrosas cuanto más inesperadas?. La virtud de Irene era motivo de odio especial para el príncipe de las tinieblas y había que derribarla, sino ante Dios, al menos entre los hombres. ¿Quien no tiembla ante la astucia, la malicia, la traición con que ataca el enemigo de la salvación de las almas que quiere derribar?.

Han pasado dos años. Los padres de Irene y su tío, el abad Selio, habían dado a la doncella por preceptor en letras y en piedad a un "monje doctísimo y religiosísimo" llamado Remigio el cual durante algún tiempo la educó y la enseñó un gran amor a la virtud y un verdadero odio al pecado con lo que ella, ya muy santa y virtuosa, creció más y más en el amor y temor de Dios, siendo un modelo de heroicas virtudes y de grandísima santidad.

Pero al fin de algún tiempo, el maestro empezó a fijarse más en la hermosura corporal de Irene que en su aprovechamiento espiritual, y el diablo que encendió el fuego, hizo crecer en él tal pasión, que, sorprendiendo a Irene, se atrevió a hacerle la más sucia proposición.



Otro autor, hablando de la hermosura de Irene nos dice: "La joven Irene era una mujer lindísima, de tipo luso godo: alta, esbelta, llena de vida y mocedad, de ondulados cabellos rubios, caídos en bandos, presentando una airosa cabeza, donde dos anchos y dulces ojos azules se abrían en un mirar de bondad. La nariz afilada en una línea de estuario y una boca en tilde, diseñaba una expresión de castidad y santidad.

Reacción de Irene

Irene, enormemente sorprendida al principio, repuesta de la sorpresa, firme como una roca y muy fuerte en el amor de Dios, callando primero mientras dirigía a Dios interiormente una fervorosa oración por su virginidad y por la iluminación y conversión de su maestro, estando muy maravillada de tanta malicia del demonio y despojándose de la flaqueza humana, al verse así por él combatida, impugnada y tentada, armada del temor de Dios e iluminada de la sabiduría divina, con gran asombro y pasión de espíritu le dijo así: "¡Oh buen maestro! Hasta ahora me enseñaste el camino de la verdad, de la virtud y de la vida, y ¿ahora me quieres inducir al camino de la muerte? Hasta ahora siempre me aconsejaste y recomendaste la limpieza de conciencia y la guarda de la virginidad ¿y ahora me aconsejas las vilezas carnales, la suciedad y los consejos de Satanás?. Pero tú ya sabes que yo, por la virtud y gracia de Dios ya tengo bastante conocimiento para saber lo que está bien y lo que está mal. Tu mismo me has adoctrinado y aconsejado lo que debo hacer: tomar el bien y huir del mal, y ya por nada del mundo me podrás hacer volver a lo que siempre me dijiste que nunca debería hacer".

"¡Oh buen maestro que siempre lo fuiste! Ahora me das pena y ruego a Dios por ti para que vuelvas sobre ti a poner tú mismo en práctica lo que siempre me aconsejaste. Vuelve sobre ti, reflexiona y haz tuyos aquellos buenos consejos que

siempre me diste y ten cuidado que tu alma no perezca y eternamente sea presa de los lazos de Satanás. Y las obras que por largo tiempo conservaste no quieras ahora olvidarlas en un momento, y por una vil tentación llevar tu alma a las penas eternas.

"Te ruego que pienses en tu alma, en el infierno eterno, en el peligro que estás de ir a él, de donde jamás saldrás si caes allí. Yo pediré a Dios por tu salvación..."

Calumnias contra la Santa

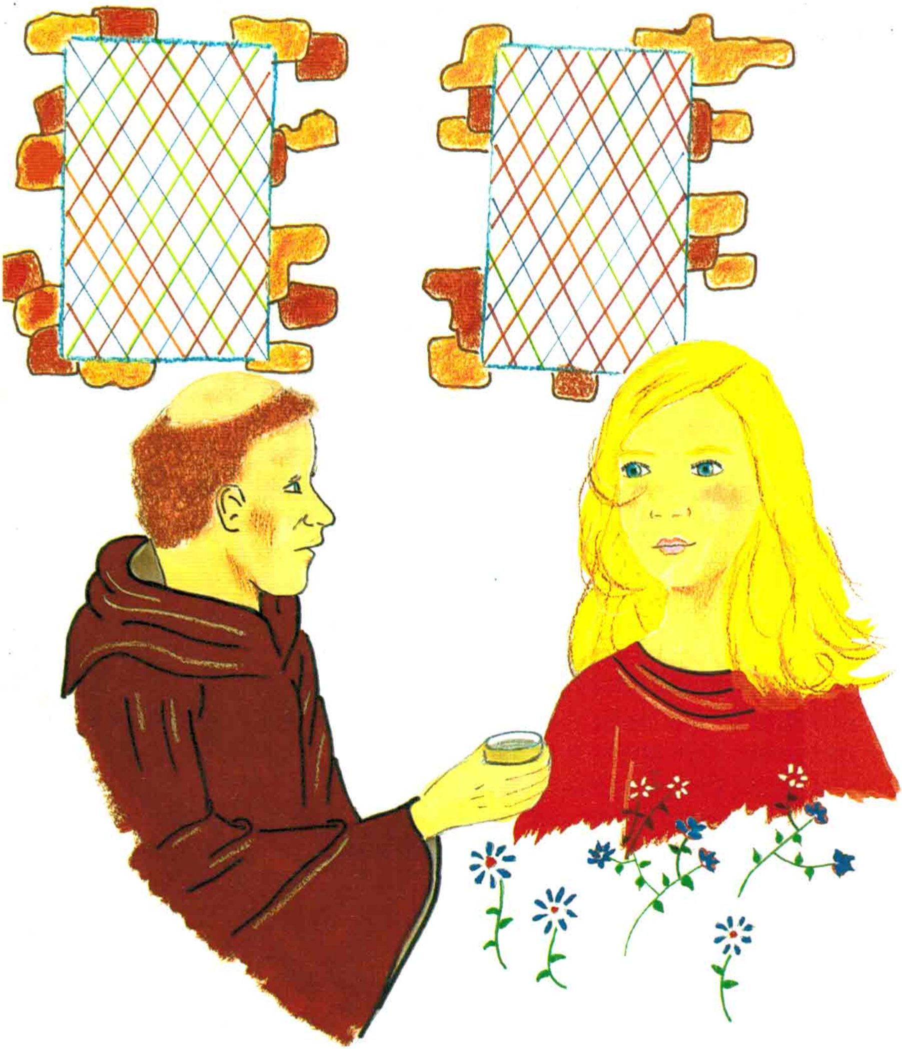
Viendo Remigio que la Santa estaba muy firme en su virginidad y por más cosas que le dijese no habría forma de convencerla, ardiendo en sí en deseos de la mayor maldad, dejándose guiar por el espíritu maligno, pensó en difamarla.

Compuso una bebida de hierbas con mucha maldad y le ofreció para beber aquel brebaje, que la Santa, tratando ser amable, aceptó y se lo bebió.

Con tal bebida a Irene empezó a hinchársele el vientre poco a poco, con lo cual empezó a demostrar todas las señales de un posible embarazo.

Creciendo en el autor cada vez más la maldad, él mismo empezó a difamarla, primero secretamente y luego ya públicamente. Con esto todos empezaron a despreciarla, y escarneciendo su religiosidad, todos hablaban mal de ella, incluso sus parientes y conocidos, los mismos que antes tanto la apreciaban y le pedían consejos y oraciones, ahora la desprecian, reprenden, y huyendo la maldicen.

Pero la Santa, aunque se sabía inocente, no estaba menos maravillada al ver como le crecía el vientre, y, sintiéndose acusada, aunque por otro lado sabía que tenía libre la conciencia y pura su alma, se sentía confusa al no saber lo que le pasaba, y era sincera con los que le preguntaban diciendo la verdad. Pero todos daban más fe a lo que veían que a lo que la Santa les decía.



La Santa virgen, muy tranquila como estaba en su conciencia, no dejaba de encomendarse continuamente a Dios, aceptando por su amor todos los desprecios que recibía incluso de los que antes más la querían y que ahora era los que más la despreciaban y mayores burlas la hacían.

Rogaba a Dios por sus enemigos y se entregaba en las manos de Dios para que hiciera de ella lo que quisiese, pues era su Dueño y Señor.

Oyendo Britaldo el hijo de Castinaldo estas cosas, comenzó a arder más en él el deseo de la Virgen, y lleno de celos y con gran ira decía: "Esta me despreció a mí, que soy noble, para darse a un cualquiera como mala mujer, por lo que merece la muerte. Pero como yo la sigo amando locamente en mi corazón, iré a ella otra vez para pedirle por última vez que acepte ser mi esposa, y si ella de nuevo se negara, la mandaré matar porque no me venga por ella otra enfermedad.

Entonces le mandó un recado prometiéndole muchos bienes si lo aceptaba; pero habiendo recibido de ella de nuevo otra negativa, grandemente enfurecido decidió quitarle la vida y hacerla desaparecer. Britaldo viéndose despreciado habló con un escudero de su padre, hombre de gran audacia, llamado Boñao y le rogó que vigilase sus movimientos y que secretamente la matase y arrojase al río, para que el hecho no se supiese. Por lo cual se dispuso a cumplirlo, esperando el lugar y el tiempo oportuno.

Vigilándola observó que todos los días al amanecer, después de maitines, la Santa salía del claustro y se acercaba hasta muy cerca del río donde se arrodillaba para orar y estaba más de una hora orando y dando gracias a Dios, encomendándose a Él con mucha devoción, oculta entre los arbustos.

Entonces él, acercándosele por detrás muy sigilosamente, se lanzó sobre la Virgen del Señor, y poniéndole un

pañuelo en la boca no la dejó gritar. Apresuradamente le quitó la toca y con un cuchillo le cortó la garganta. Luego le quitó el hábito y dejándola con solo la ropa interior, la cargó a hombros y se la llevó hasta el río donde la arrojó.

Así la esposa de Cristo entrega su alma en manos de los ángeles que triunfalmente la llevan al cielo, a donde la acompañan millones de vírgenes con ramos de azucenas y millones de mártires con palmas en las manos, entonando himnos y cánticos maravillosos que nadie en este mundo ha oído jamás.

El cuerpo arrojado al río

El santo cuerpo de la Santa fue arrojado al río Nabao. Las cristalinas aguas recogieron aquella flor que trasladaron hasta las aguas del Zézere, y éste a las del Tajo, y así río abajo fue rodando hasta el lugar llamado Cabilicastro, la que ahora es Santarén, tomando el nombre de Santa Irene.

Al día siguiente, al ver que faltaba Irene, todos pensaron mal y decían que por vergüenza se había marchado fuera con algún amigo, probablemente con quien la había embarazado, y que jamás volvería.

¿Quién se atrevería a defender la inocencia de Irene desaparecida en tales circunstancias, cuando la calumnia se había cebado en su honra y cuando todas las apariencias parecían acusarla? ¿Y aquella vida de virtudes y mortificaciones habría de quedar oscurecida, vilipendiada por la acción infame de un malvado y por la cruel mano de un asesino? ¿La santidad de una virgen cristiana consagrada a Jesucristo habría de ser confundida con la vida infame de las hijas del vicio y la disipación?

El Señor que en sus juicios impenetrables permitió aquella serie de desgracias que sobre Santa Irene cayeron, no consintió que la santidad de su fiel servidora quedase sin el

premio merecido ni que su memoria fuese objeto de ludibrio e infamación.

Amaneció y las vírgenes notaron la ausencia de Irene. Empiezan las cábalas y tras ellas los juicios más temerarios, ofensivos al pudor de la doncella. La noticia se divulga, y Selio, el tío y abad, siente vergüenza. Clama a Dios y el Señor le revela la verdad.

La Santa fue despreciada en este mundo como Cristo fue calumniado y despreciado. La mayoría de los Santos fueron aquí despreciados, según las palabras de Cristo: *"¡Bienaventurados seréis cuando os injuriasen y persiguiesen y dijeren con mentira todo mal contra vosotros por causa mía. Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será muy grande en los cielos"!* (Mt. 5,11-12).

Honras fúnebres de Santa Irene

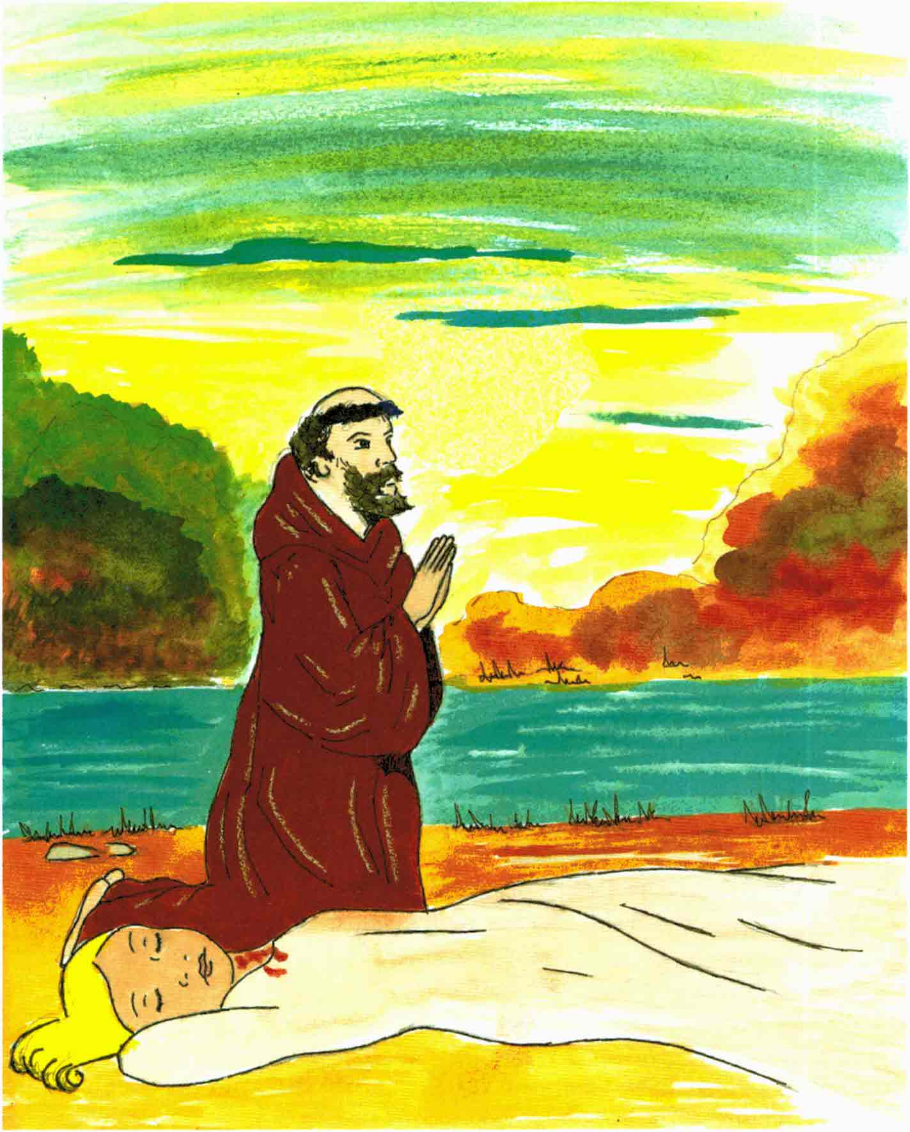
Hallábase Selio, el abad del monasterio de Santa María, tío como hemos dicho de la Santa, profundamente impresionado por la desaparición de su sobrina, temiendo que esta hubiese tomado un rumbo desastroso a causa de la dolorosa pena que la afligía, cuando Dios, en su infinita justicia y en su misericordia sin límites, le reveló el acontecimiento con todas las circunstancias que le habían acompañado.

Convocó entonces al pueblo, valiéndose del gran ascendiente y prestigio de que gozaba, y al frente de todos sus monjes y de una multitud inmensa, se trasladó en procesión al sitio en que se había cometido el asesinato.

Las aguas del río habían arrastrado el cuerpo al Tajo, y allí milagrosamente se habían replegado y sobre la blanca arena depositaron el cuerpo de la Santa, puro y virginal.

Quisieron llevarlo a Nabancia, pero fue imposible moverlo. Entonces, cantando himnos, allí lo sepultaron. Y aquel día nació allí la ciudad famosa de Santaren, o Santa Irene.

La tumba de la Santa fue objeto desde aquel día de gran



veneración. Los milagros que se repetían sin cesar atrajeron continuas y numerosas peregrinaciones.

Allí los milagros no cesaban, siendo curados todos los que con fe sincera acudían a aquel lugar: sordos, mudos, cojos, mancos y de muchas otras enfermedades. Pero los mayores milagros fueron las numerosas conversiones y el cambio de vida de muchos descarriados que al ver los patentes milagros, se convertían y volvían a Dios rehaciendo sus vidas, confesando sus pecados y asegurando su salvación.

El rey godo Recaredo, convertido del arrianismo al catolicismo fue años después en peregrinación a aquel lugar con gran comitiva y la honró con grandes honores y celebraciones.

El Sepulcro de Santa Irene

El monje Remigio, maestro de la Santa, y el soldado asesino que la mató, arrepentidos del horrendo crimen peregrinaron penitentes a Roma, y penitentes murieron después de confesar su crimen y hacer la penitencia que en aquellos tiempos mandaba la Iglesia.

Así ha hecho Dios que la santidad de su inocente y fiel sierva sea perpetuada y que hayan sido confundidos la calumnia y la malicia de los hombres.

Los milagros operados por las reliquias de la Santa, vendrían a ser en narrativas posteriores enriquecidos con la participación de la propia reina Santa Isabel de Portugal, la cual tuvo la gracia de asistir a un grandísimo milagro parecido al obrado por Moisés en el Mar Rojo, cuando para huir de los egipcios, Dios separó las aguas abriéndoles un camino por medio del mar. De igual modo, cuando la gran Reina de Portugal llegó con su comitiva a visitar el sepulcro de Santa Irene, encontrándose con que las aguas del Tajo lo cubrían y era imposible poder contemplarlo, la Reina hizo oración y por

intercesión de Santa Irene, las aguas se separaron y pudo caminar en seco hasta donde estaba el santo sepulcro, hermosísimo, de mármol que parecía obra de ángeles, por lo que emocionada y llena de consuelo divino, dio gracias al Todopoderoso que así honra la virtud de sus siervos. En alabanza de Cristo. Amén.

HIMNOS A SANTA IRENE

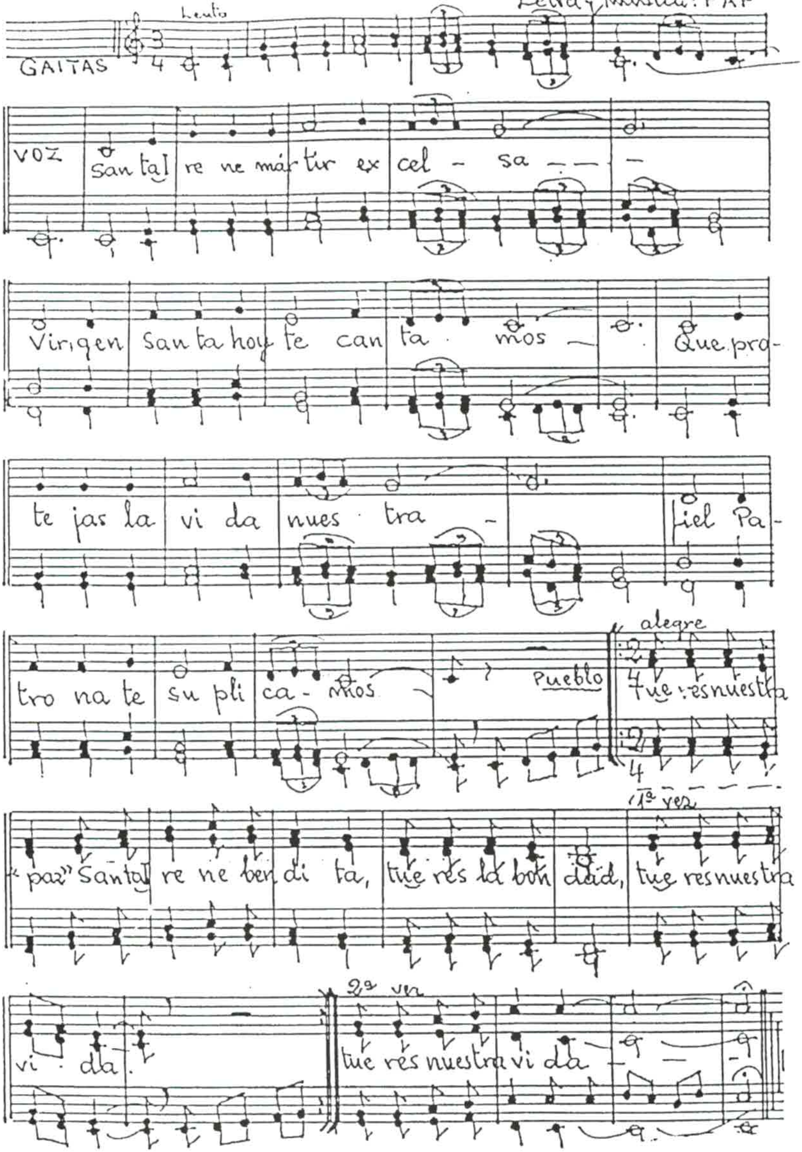
l.- Santa Irene, mártir excelsa,
virgen Santa, hoy te cantamos.
Que protejas la vida nuestra,
fiel Patrona te suplicamos.
Tu eres nuestra "paz"
Santa Irene bendita,
tu eres la bondad,
tu eres nuestra vida. bis.
2.- Siendo niña te desposaste
con el Hijo de Dios amado.
Tu inocencia le consagraste,
para siempre como regalo.
Tu eres nuestra paz...
3.- Tu hermosura tentó el impío,
que luchó para conseguirte.
Degollada te arrojó al río,
medio envuelta para cubrirte.
Tu eres nuestra paz...
4.- En el Tajo tu cuerpo hallaron
reposando con gran dulzura,
Allí un templo te levantaron,
relicario de tu alma pura.
Tu eres nuestra paz...
5.- Figueruela también te aclama
por Patrona y gran protectora.
Santa Irena, fiel abogada,
hoy tu vida nos enamora.
Tu eres nuestra paz...

P. Antonio Fernández Garrote.

1.- Lirio y rosa. Patrono excelsa
por tu nombre de Santarena
con ahelo tu pueblo pide
paz y amor para Figueruela.
Canta muy feliz
Figueruela de Arriba
¡Danos paz y amor, Santarenica!
2.- En octubre a orillas del Tajo
hay un día de primavera,
pues regala Santarenica,
bendiciones a manos llenas.
Canta muy feliz Figueruela..
3.- Santa Irena; virgen y mártir,
nardo tinto de amapolas,
tu semblante de mujer fuerte,
te enaltece con bella aureola.
Canta muy feliz Figueruela..
4.- Lejos de tantas voces falsas
que le cantan sólo al dinero,
entonarte canciones puras
con tonada de hogar queremos.
Canta muy feliz Figueruela..
5.- Santa Irene nació en Nabancia,
aldeilla de Lusitania,
pero pronto de tras os montes,
hasta Aliste corrió su fama.
Canta muy feliz Figueruela..

P. Féliz del Buey Pérez

HIMNO A SANTA IRENE

Letra y Música: PAF

9 788477 706298